

El otro “Monte-Cristo”: *El comerciante en perlas* de José Tomás de Cuéllar

Verónica HERNÁNDEZ LANDA VALENCIA
Universidad Nacional Autónoma de México

A lo largo de casi todo el siglo XX, la literatura del XIX mexicano anterior al modernismo permaneció empolvada, o simplemente ausente, en los anaqueles de las bibliotecas de los críticos literarios. Apenas hallamos uno que otro estudio, o alguna publicación que procura despertarla de su sueño invernal.

La función ideológica de estas novelas, tan distinta a las tendencias experimentales y renovadoras —sobre todo en cuanto a la forma— que caracterizan al siglo XX, parece una barrera inevitable para la comprensión y aceptación de la literatura decimonónica. Así lo hizo notar Jorge Ruedas de la Serna, quien afirma que “nuestros críticos han seguido valorando la tradición literaria nacional, según los criterios que se amparan en la idea de la modernidad como juicio absoluto de valor. Estamos siempre empeñados en hallar la *modernidad* donde no existe, cuando menos como la concebimos en nuestro tiempo”.¹

Sin embargo, a partir de la década de los ochentas, hay acercamientos que abordan cada vez con mayor seguridad esa literatura a partir de su especificidad histórica, tratando de comprender y asumir responsablemente su función ideológica. Y la responsabilidad implica tratar de comprender una visión de mundo, una forma de concebir y construir la identidad, que es antecedente de nuestra actual comprensión de nosotros mismos. Desde esta perspectiva podremos contribuir no sólo al avance y evolución de los estudios literarios en México, sino también haremos una aportación a la historiografía y la sociología en lo que respecta a la forma en que la literatura contribuye a la construcción de los imaginarios colectivos.

El presente análisis se inscribe en el marco de estos nuevos estudios y concibe las manifestaciones literarias del siglo XIX como parte de una tendencia ideológica que procura desesperadamente inscribirse en la modernidad, pero sin renunciar a los valores tradicionales. Una tendencia advertida por Ruedas de la Serna,² y bellamente expresada por Edmundo O’Gorman en el análisis historiográfico, *México. El trauma de su historia. Ducit amor patriae*, 1999.

¹ Jorge Ruedas de la Serna, *Los orígenes de la visión paradisíaca de la naturaleza mexicana (tópicos del Romanticismo mexicano)*, p. 1.

² *Ibid.*, pp. 93-95.

Desde esta perspectiva analizaré aquí *El comerciante en perlas*³ de José Tomás de Cuéllar (1830-1894). Ésta inspira la hipótesis que enunció a continuación, cuya demostración constituye el objeto de las siguientes páginas. Esta novela se inscribe en la tendencia social y moralizante del Romanticismo mexicano, que concibe la literatura como un medio de educar al pueblo —en sus diversas acepciones— para hacerlo participe en el proceso de construcción del ideal de nación proyectado por la elite letrada.⁴ Y en función de esta tendencia, poética e ideológica, hay una desarticulación y refuncionalización del héroe romántico que funge como modelo, el de *Le comte de Monte-Cristo* (1844-1845) de Alexandre Dumas (1802-1870):⁵ el individuo que se eleva por encima de su circunstancia y que luego de empeñar en su empresa la propia alma, gana dominio y poder sobre el resto de los hombres hasta alcanzar alturas reservadas sólo para la divinidad.⁶ El conde de Montecristo juzga y condena, sin mediación de ningún tribunal y movido por la pasión de la venganza, a los hombres que provocaron su desgracia.

Así, en *El comerciante en perlas* podemos observar el enfrentamiento entre tradición y modernidad y la manera en que el escritor mexicano trató de solucionarlo a partir de una propuesta que pretende conciliar los opuestos: se inspira en un modelo eminentemente moderno —tanto que aún en la actualidad resulta fascinante y se siguen haciendo películas inspiradas en él— adaptándolo a los valores morales tradicionales.

Parto de un análisis temático, entendido por Luz Aurora Pimentel como el estudio de los “temas y motivos que, como filtro, seleccionan, orientan e informan el proceso de producción de los textos literarios”.⁷ Asumo que *El comerciante en perlas* establece una relación de intertextualidad con *El conde de Montecristo*, a partir de la

³La novela apareció por primera vez con el subtítulo “Novela americana” y comenzó a publicarse por entregas en enero de 1871, en el periódico *El Federalista*.

⁴“La novela romántica mexicana exaltó el amor, condenó la ambición y los opusos entre sí. La ambición va dirigida por lo general hacia los objetos materiales, lo concreto, la riqueza, lo artificial y el lujo [...] el amor apunta en dirección a lo abstracto, lo espiritual, los valores, lo natural y, si no a la austeridad, cuando menos al recato en la acumulación de bienes [...] También, vinculó el bien con Dios, la naturaleza, la moral, el amor, la familia y el matrimonio, el trabajo, la república, la vida modesta, la mexicanidad y la preservación de la comunidad; el mal, con lo diabólico, el instinto, la carne, la transgresión del tabú, la seducción, las actividades improductivas [...] el rompimiento con el orden social”. Carlos Illades, *Nación, sociedad y utopía en el Romanticismo mexicano*, pp. 119-120.

⁵Por ser una novela conocida, en adelante consignaré el título en español, y sólo conservo en francés el nombre Edmond Dantes porque tiene una hermosa sonoridad que se pierde en la forma hispanizada.

⁶“El mito romántico por excelencia es el mito del superhombre, o el hombre ‘providencial’ [...] El romántico ama las alturas, pero éstas sólo tienen sentido porque el nuevo héroe debe ahora escalarlas desde las profundidades de la tierra, habitadas por los seres terribles que constituirán el nuevo foco del poder y de la fuerza. Al desacralizar el derecho divino de los reyes [...] el romántico se enfrenta a la necesidad de sacralizar el poder terrenal, con lo cual afincan espiritualmente el mundo”. J. Ruedas de la Serna, *op. cit.*, p. 69.

⁷Luz Aurora Pimentel, “Tematología y transtextualidad”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 1, p. 215.

actualización del tema-personaje⁸ configurado en la novela de Dumas, que se lleva a cabo por medio de la selección y el énfasis en algunos de los temas-valor propuestos por el paradigma,⁹ los cuales estarán presentes en las convergencias y divergencias que analizaré más adelante, e incidirán en el estudio de la dimensión ideológica de la novela.

Antes de cerrar esta pequeña introducción, la novela, tan escasamente conocida, exige de un resumen. La historia se centra en el personaje Eduardo Mercier, un joven que llegó a San Francisco durante la fiebre del oro, con objeto de enriquecerse trabajando en las minas recién descubiertas en California.¹⁰ Sin embargo, el destino lo llevó por otros senderos. Primero trabajó como empleado, sin retribución económica, contribuyendo al florecimiento de la casa comercial Osborn como medio de expiar su sentimiento de culpa por el suicidio del dueño de la casa. Luego se traslada a Panamá, donde se asoció con el capitán Ardou, dueño de una casa comercial que engrandecieron juntos con el descubrimiento de un gran banco de perlas en una bahía perteneciente a El Salvador.

Después de salir bien librados de una estafa, Eduardo deja a su socio en Panamá y vuelve a San Francisco a rescatar de la quiebra a la casa Osborn. Ahí se enamora de María, la hija de la viuda Osborn, pero el sentimiento de culpa por la muerte del padre constituye una barrera para la consumación del amor. Por otro lado, los negocios van bien y Eduardo aprovecha un alza de precios para especular y ganar más dinero vendiendo sus mercancías en la minas. En su camino conoce a Garcí, un bandido que, apoyado por ochocientos hombres, extorsiona a mineros ingleses y franceses, y Eduardo organiza a toda la población para someter al bandido y restaurar la justicia en San Francisco. Poco después vuelve a la isla de las perlas para vaciarla, sobrevive al motín en el barco y, luego de arreglar cuentas con su socio, regresa a San Francisco para casarse con María, ya que la viuda se ha enterado del secreto de Eduardo y lo ha perdonado.

⁸ Dice la autora: “bajo la cobertura de un nombre propio, un tema-personaje es una síntesis de diversos motivos y de temas-valor, ordenados e interrelacionados de tal manera que dibujen un perfil narrativo que le confiera identidad al tema”. *Ibid.*, p. 221.

⁹ El valor es definido por Greimas como una “disémination le long des programmes et parcours narratifs des valeurs déjà actualisées (c’est-à-dire en jonction avec les sujets) par la sémantique narrative” (*apud* L. A. Pimentel, “Tematología y transtextualidad”, en *op. cit.* p. 217). Así, no ha de ser entendido desde una orientación ideológica sino como categoría semántica que en su vinculación con el sujeto se convierte en tema-valor.

¹⁰ Durante la década de 1850 el descubrimiento de numerosos yacimientos de oro, primero en California, y posteriormente en regiones aledañas, desató lo que ahora se conoce como la fiebre del oro. Se caracterizó por una importante inmigración a las regiones mineras: las poblaciones cercanas, como San Francisco, quedaron casi sin habitantes; hombres de diversas regiones de Europa y Sudamérica se embarcaron en Panamá para llegar a San Francisco y desde ahí emprender la peregrinación en busca del precioso metal. Otra constante fue el bandillaje y el intento de algunos filibusteros provenientes de San Francisco de apropiarse de Baja California (*cf.* L. Bibiana Santiago Guerrero, “La fiebre del oro en San Francisco, California, y la emigración de rancheros del partido norte”, en *La gente al pie del Chuchumá. Memoria histórica de Tecate*, pp. 78-80).

El deslinde

Antes de vincular ambas novelas, *El conde de Montecristo* y *El comerciante en perlas*, es necesario señalar, para dejar atrás cualquier polémica al respecto, que la obra de Cuéllar no es una novela histórica. Y la demostración de esta premisa servirá de trampolín para vincular la novela con *El conde de Montecristo*.

Ya Clark de Lara lo afirmó en uno de sus estudios argumentando que “la distancia real entre la acción de la novela y el de la escritura fue de escasos veinte años”,¹¹ pues Anderson Imbert y Seymour Menton coinciden en que sólo se considerará novela histórica a aquella en que los acontecimientos históricos recreados no hayan sido experimentados por el autor, esto es, aquellos cronológicamente anteriores a su nacimiento. Luego, Belem Clark procede a destacar aquellos aspectos de la novela en que se recrean las condiciones sociales de una época y lugar determinados: particularmente San Francisco, entre 1849 y 1855, en lo relativo a la fiebre del oro y el consecuente enriquecimiento de algunos, las casas de apuestas, el bandidaje incontrolable a causa de que San Francisco, ciudad en proceso de formación, carecía de tribunales de justicia, y la formación, que sí tuvo lugar en la Historia, de un Comité de Vigilancia que mandó a la horca a cuatro de estos criminales.

Debo señalar que el criterio de la distancia entre el momento de la escritura y ubicación temporal de la diégesis es un tanto polémico ya que otros estudios teóricos, como los de María Cristina Pons y Celia Fernández Prieto,¹² no lo consideran válido para determinar si una novela es o no histórica. Por ello me parece necesario añadir que en la novela histórica destaca la función explicativa de los acontecimientos reconocidos como históricos,¹³ y que el primer problema para pensar *El comerciante en perlas* como perteneciente a este género consiste en que la trama no se centra en los acontecimientos históricos: la fiebre del oro sólo es una parte de lo que ocurre en la novela y el protagonista sale una y otra vez de San Francisco para ir a una isla casi fantástica o realizar transacciones comerciales con su socio ficticio en Panamá; la Historia no es determinante ni influye en los acontecimientos ficticios y la fiebre del

¹¹ Belem Clark de Lara, “*El comerciante en perlas* (1871), de José Tomás de Cuéllar. ¿Una novela histórica?”, en *Literatura Mexicana*, 11.1, pp. 91-92.

¹² Celia Fernández Prieto, *Historia y novela: poética de la novela histórica*, pp. 211-121, y María Cristina Pons, *Memorias del olvido. Del Paso, García Márquez, Saer y la novela histórica de fines del siglo XX*, pp. 56-66.

¹³ Esto lo advierten claramente Noé Jitrik (*Historia e imaginación literaria. Las posibilidades de un género*, p. 12, y M. C. Pons, *op. cit.*, pp. 19-20): “no sólo es un modo de representación de las condiciones materiales de existencia que refleja una conciencia histórica determinada y de una determinada manera, sino que también se produce en coyunturas históricas particulares. En términos generales, la emergencia y la producción de la novela histórica responde a grandes transformaciones o acontecimientos históricos, los cuales traen aparejados, como señala Jitrik, la necesidad de ubicarse frente a la Historia, o asumir un historicismo, redefiniendo la identidad frente a tales acontecimientos”.

oro sólo da lugar a determinada caracterización sociológica y contextual que constituye el marco donde se desenvuelve el protagonista.

El comerciante en perlas carece de algunos rasgos fundamentales que Fernández Prieto atribuye, muy acertadamente, a la novela histórica romántica y que se extienden a la realista: no hay “indicaciones cronológicas [...] precisas”,¹⁴ pues en ningún momento se advierte el año en que ocurren los acontecimientos de la diégesis, como sí sucede en otra novela del mismo autor, *El pecado del siglo* (1869), que ya en el subtítulo “Novela Histórica” advierte su filiación genérica y desde las primeras líneas aporta indicaciones cronológicas y topográficas precisas: “En la tarde del viernes 16 de octubre del año de 1879, una multitud de gente del pueblo, y muchos carruajes y cabalgaduras cubrían, casi en su totalidad, la calzada de Nuestra Señora de Guadalupe de México”.¹⁵

Mientras que *El comerciante en perlas*, novela americana desde el inicio se caracteriza por la vaguedad al situar la diégesis “En la época del descubrimiento de las minas de oro de California”,¹⁶ siendo que sólo un lector muy familiarizado con estos hechos —o un investigador— puede establecer una cronología.

Por otra parte, en todo el relato sólo encontramos una alusión, casi al final de la novela, al carácter histórico de algunos personajes: “echemos una rápida ojeada a los acontecimientos que tenían lugar en San Francisco, a fin de conservar a todos los personajes históricos de esta novela el interés que deben tener en el drama que escribimos”.¹⁷

Una alusión que resulta bastante ambigua porque no aclara cuáles son los personajes históricos aludidos y, puesto que en la novela no hay uno solo que sea fácilmente identificable como tal, el lector puede perderse en conjeturas.¹⁸

Además, el narrador —que no se finge transcriptor o editor de un manuscrito “que contiene el relato verídico de los sucesos”¹⁹— tampoco se presenta como “figura de saber (*histor*) que transmite al lector las informaciones históricas extradiegéticas necesarias para el seguimiento y la cabal comprensión de lo narrado”.²⁰ Así, tampoco es una figura que contribuya a ampliar o cuestionar el conocimiento histórico de sus lectores.

En contraste con la ausencia de marcas genéricas que vinculen a *El comerciante en perlas* con la novela histórica, ya en el capítulo IV el capitán Ardou advierte la filiación

¹⁴ C. Fernández Prieto, *op. cit.*, p. 101.

¹⁵ José Tomás de Cuéllar, *Obras I. Narrativa I. El pecado del siglo. Novela histórica [Época de Revillagigedo-1789]*, p. 9.

¹⁶ José Tomás de Cuéllar, *El comerciante en perlas*, p. 15.

¹⁷ *Ibid.*, p. 209.

¹⁸ Esta alusión al carácter histórico de los personajes puede tener varias funciones y posibles interpretaciones, una de ellas consiste en que *El comerciante en perlas* se apropia de un tópico de la novela histórica para reforzar la verosimilitud de lo narrado, también puede ser la advertencia de que hay ciertos vínculos con la Historia, pero que no se ahondará en ellos. Sin embargo, no es aquí el lugar para profundizar más en las posibles hipótesis.

¹⁹ C. Fernández Prieto, *op. cit.*, p. 102.

²⁰ *Idem.*

con la novela de Dumas al asegurar que Mercier “Es el tesoro de la compañía, el Monte-Cristo del lugar, el que hace marchar la máquina”.²¹

En *El conde de Montecristo* podemos observar muchas alusiones históricas: Napoleón en la isla de Elba y las intrigas que precedieron a su intento de retomar Francia, descripción de los procesos criminales a los presos políticos y su destino en el castillo de If, e incluso encontramos alusiones cronológicas precisas desde la primera línea: “Le 24 février 1815, la vigie de Notre-Dame de la Garde signala le trois-mâts le *Pharaon*”.²² Sin embargo, no se le considera una novela histórica, porque la Historia es sólo el telón de fondo;²³ las condiciones sociales y algunos acontecimientos específicos son transfigurados por la ficción, a la que inspiran, mas no son la fuerza que mueve y a partir de la cual se mueven los protagonistas. En *El conde de Montecristo*, Edmond Dantes, el héroe romántico, es el eje narrativo; a partir de él se vinculan los demás personajes y acontecimientos. De igual manera ocurre en *El comerciante en perlas*, que no se detiene en las descripciones costumbristas ni la inspira un espíritu arqueológico, sino que se concentra en los avatares de un sólo personaje de carácter puramente ficticio y, a partir de él, de su actuación y su presencia, cobra relevancia todo lo demás. En ambas novelas lo histórico está plenamente subordinado a la ficción.

Lo que sí podemos observar es la percepción romántica del individuo como un ser condicionado históricamente. Según advierte Fernández Prieto, “El paso de la historia política a la social va acompañado de un replanteamiento de los ‘sujetos’ de la historia”, de manera que para los románticos los protagonistas ya no son las grandes figuras públicas, “sino los grupos, los pueblos, las gentes burguesas, que encarnan las fuerzas o las ideas que mueven la historia”.²⁴ Así, de acuerdo con la concepción romántica, no es posible entender la actuación individual si no está condicionada o en una relación de tensión con las fuerzas sociales que conforman su mundo. Y me parece que la recreación de las condiciones históricas y sociales que rodean al héroe, en ambas novelas, responde más bien a esta manera romántica de entender las relaciones del individuo con su entorno, que a la intención de contar o explicar la Historia.

²¹J. T. de Cuéllar, *El comerciante en perlas*, p. 51.

²²Alexandre Dumas, *Le comte de Monte-Cristo*, p. 4. Traducción: “El 24 de febrero de 1815, el vigía de Nuestra Señora de la Guarda dio la señal de que se hallaba a la vista el bergantín *El Faraón*”. Alexandre Dumas, *El conde de Montecristo*, p. 11.

²³*El conde de Montecristo* entretiene varios subgéneros en su configuración, con lo que abre la posibilidad de lecturas muy diversas: se le asocia, en el marco del Romanticismo folletinesco, a la novela de aventuras, así como a la de formación —también llamada de iniciación o de aprendizaje— a la novela gótica, a la burguesa, al drama (cf. Marie Biglia, *La figure du héros dans Le comte de Monte-Cristo*, en http://www.cadytech.com/dumas/related/la_figure_du_heros_dans_le_comte_de_monte_cristo.php; 28/03/10); y aunque Jean-Yves Tadié, en su edición para Gallimard, llama la atención acerca de la influencia de la novela histórica y las relaciones entre los acontecimientos narrados y acontecimientos que sucedieron efectivamente, tampoco propone llamarla novela histórica, en la medida en que es una obra única y porque “Son musée imaginaire compte plus que ses emprunts au monde réel”, A. Dumas, *Le comte de Monte-Cristo*, p. III.

²⁴C. Fernández Prieto, *op. cit.*, pp. 87 y 88.

Montecristo: el conde y el comerciante

Toca ahora destacar los puntos de convergencia y divergencia entre *El comerciante en perlas* y *El conde de Montecristo*. Comienzo por los primeros: las dos historias inician en el mar, lo que ya anuncia la movilidad espacial que caracteriza a los protagonistas; éstos son jóvenes honestos, franceses, con cierta similitud en sus nombres de pila, de escasos recursos, solitarios y melancólicos; desean labrar su fortuna con el trabajo y padecen la corrupción de ciertos elementos sociales que procuran riquezas y ascenso social y en su intento afectan, de una u otra manera, a los protagonistas: los condes de B... y M... son estafadores que con argucias se apropian de una parte de los fondos de la sociedad Ardou y Mercier;²⁵ este último, además, padece un intento de asesinato y el abandono en una isla desierta porque el capitán del barco, apellidado Noirtier, deseaba apoderarse de las perlas que el protagonista ya había acumulado en su camarote.²⁶ Edmond Dantes, por su parte, es víctima de la avaricia de Danglars, quien trama una denuncia anónima para quitar a Edmond de su camino y apropiarse del puesto que el joven ha ganado con su trabajo;²⁷ asimismo sufre las injusticias del magistrado Villefort, quien, en su ascenso político, encubre el motín y la traición al rey que tramaba su padre —de apellido Noirtier, como el capitán que aparece al final de *El comerciante en perlas*— encerrando a Dantes en el castillo de If.²⁸

Ambos protagonistas encuentran en una isla el tesoro que los convierte en hombres ricos, y su dinero les permite rescatar de la quiebra al dueño de la casa comercial en la que trabajaron años atrás y con el que, de una u otra manera, se sienten endeudados.²⁹ Ambos tienen, además, contacto con un famoso criminal y su banda. Se identifican con famosos marineros de la literatura universal que padecieron grandes trabajos para acumular su fortuna: Simbad el Marino —de origen oriental— es uno de los nombres que adopta Edmond Dantes para realizar sus proyectos, y Eduardo adquiere “reputación de nuevo Robinson”³⁰ —personaje nacido durante la Ilustración— luego de ser rescatado de su segundo viaje a la isla de las perlas. Y, finalmente, son hombres modernos, en la medida en que uno y otro se hicieron a sí mismos, se alzaron por encima de las circunstancias para lograr sus objetivos.

Hasta aquí las similitudes. Las diferencias son las que permitirán mostrar cómo la novela de Cuéllar se distancia ideológicamente de su modelo para presentar una propuesta propia, un prototipo de hombre que pretende ser tan moderno como Montecristo, pero que al mismo tiempo se ajusta a los valores morales tradicionales.

²⁵ J. T. de Cuéllar, *El comerciante en perlas*, pp. 49-74.

²⁶ *Ibid.*, pp. 257-274.

²⁷ A. Dumas, *Le comte de Monte-Cristo*, *op. cit.*, pp. 32-38.

²⁸ *Ibid.*, pp. 63-75.

²⁹ J. T. de Cuéllar, *El comerciante en perlas*, pp. 99-118; A. Dumas, *El comte de Monte-Cristo*, pp. 300-330.

³⁰ J. T. de Cuéllar, *El comerciante en perlas*, p. 281.

Comencemos por la identidad de los personajes: Mercier constituye una constante insistencia en la profesión de Eduardo, “comerciante”, que ya se anuncia desde el título de la novela y se refrenda al final, cuando se asegura que el protagonista “fue conocido durante mucho tiempo con el nombre de *Comerciante en Perlas*”.³¹ En cambio, aunque Edmond Dantes —cuyo nombre se puede relacionar con lo dantesco y los oscuros abismos de la *Divina comedia*— comienza como comerciante, sólo puede realizar sus proyectos cuando se ha convertido en conde de Montecristo, cuando ha comprado un título de posesión que, acompañado de oropel, deslumbra a la sociedad que abre sus puertas sin chistar al nuevo rico.³² Así, Edmond se adecúa a las reglas de juego que la sociedad le impone para poder pasar por encima de ella y lograr su fin último: la venganza. Y no sólo cambia una vez su identidad, también se presenta a sí mismo como un inglés, representante de la casa Thompson y French, como Simbad el Marino o el abad Busoni.

A diferencia de él, Eduardo nunca se llama a sí mismo de otra manera: es comerciante y se llama Eduardo Mercier, los sobrenombres los ponen otros. Es hombre de una sola pieza, esencia inmutable, un comerciante cuyo fin es enriquecerse, aunque no por ello avaro, pues no deja de ayudar a quienes lo merecen, y siempre mantiene una relación de distancia con condes y bandidos.

Aquí es importante señalar que una de las tendencias de los pensadores y literatos mexicanos consiste en construir una imagen del comerciante muy negativa: es extranjero, generalmente español —en contraste, no parece haber una construcción del comerciante mexicano— y, por si no fuera suficiente, un especulador que aprovecha las fluctuaciones del mercado para ganar más, perjudicando así a quienes compran sus productos.³³ En *El pecado del siglo*, del mismo Cuéllar —publicada apenas dos años antes de la que en este momento nos ocupa—, el comerciante, además, es tremendamente religioso y no pone a circular el excedente, sino que lo regala a las manos muertas del clero. Sorprende entonces que el protagonista de esta novela sea precisamente un comerciante, y sobre todo un especulador que explica sus cálculos para vender a mayor precio sus mercancías aprovechando la lejanía y la escasez de productos en los campos mineros de California: “[...] el especulador ha sacado veintiséis onzas de su cajón, que no valían media. Esto puede daros una idea de los beneficios que se pueden realizar con doce mil pesos de mercancías buenas; es decir, que doblaré el precio que me habrían pagado por el cargamento en la plaza de San Francisco”.³⁴

³¹ *Ibid.*, p. 282.

³² Que la isla no valga nada y nadie se preocupe por saber dónde está ni por el hecho de que Montecristo no pertenezca a la vieja nobleza son una muestra de la banalidad de la sociedad en la que entra Edmond.

³³ Así lo ha hecho notar Illades (*op. cit.*, p. 110), quien asegura que esta imagen surge luego de que el socialismo premarxista concibiera “como enemigo de los trabajadores a los comerciantes acaparadores de ganancias, materias primas y bienes de consumo”. Observo también esta percepción negativa del comerciante en tres novelas históricas del siglo XIX mexicano: *La hija del judío* de Justo Sierra O’Reilly, *El pecado del siglo* de Cuéllar y *Un hereje y un musulmán* de Pascual Almazán, que constituyeron el *corpus* de mi tesis de maestría.

³⁴ J. T. de Cuéllar, *El comerciante en perlas*, pp. 114-115.

Este comerciante, no debemos olvidarlo, es francés, y Francia a finales del siglo XIX se convirtió en el modelo cultural a seguir; de manera que podemos advertir que, al unir estos dos términos, en la novela de Cuéllar hay un intento por reivindicar la figura del comerciante, propia de la cultura moderna —capitalista— que al mismo tiempo entra en oposición al título nobiliario —símbolo del Antiguo Régimen— de los estadores condes de B... y de M... y del que es despojado Dantes cuando Ardou lo compara con Mercier, el “Monte-Cristo del lugar”.³⁵

Además, los valores morales entran constantemente para matizar la faceta de especulador y hacer evidente que Eduardo *merece* ser rico: no sólo salvó de la quiebra a la casa Osborn y trabajó para ellos gratuitamente, sino que además comparte todas las riquezas —que bien pudo ocultar— con el capitán Ardou y los Osborn, paga bien los servicios que le prestan y *procura el bienestar social* en la medida en que compensa económicamente a quienes han sido despojados por el bandido Garcí con la sola condición de que lo apoyen después para someter al criminal. Y, por si no fuera suficiente, Eduardo —a diferencia de Edmond, cuyos sufrimientos son emocionales y psicológicos— trabaja y padece mucho físicamente antes de lograr su objetivo: en la isla de las perlas se enfrenta dos veces a animales salvajes, al cansancio, a la enfermedad y a la codicia de los hombres que lo esperan en el barco, que se amotinan en ambas ocasiones y en la segunda lo abandonan, de manera que se ve forzado a sobrevivir en una isla desierta hasta que Ardou va a buscarlo. En el viaje a las minas de San Francisco corrió diversos peligros: el de morir en las fauces de un cocodrilo, ahogado, asfixiado, o simplemente de hambre, y tuvo varios encuentros riesgosos con el bandido Garcí.

Son justamente estos valores los que refrenan el poder arrasador e ilimitado que representa Montecristo y el individualismo romántico, en el que las pasiones y el “yo” en toda su expresión determinan el objetivo que se desea alcanzar, no importando ya los medios ni otras consideraciones de carácter moral. Veamos una escena que expresa este individualismo en toda su magnitud, cuando Montecristo, en su faceta de Simbad el Marino, se presenta como un pachá de *Las mil y una noches*, explica la adoración de su esclavo a raíz de que le salvó la vida, y, al ser interrogado al respecto, agrega:

—[...] c’est bien simple [...] Il paraît que le drôle avait rôdé plus près du sérail du bey de Tunis qu’il n’était convenable de la faire à un gaillard de sa couleur; de sorte qu’il avait été condamné par le bey à avoir la langue, la main et la tête tranchées: la langue le premier jour, la main le second, et la tête le troisième. J’avais toujours eu envie d’avoir un muet à mon service; j’attendis qu’il eût la langue coupée, et j’allai proposer au bey de me le donner pour un magnifique fusil à deux coups qui, la veille, m’avait paru éveiller les désirs de Sa Hautesse.³⁶

³⁵ *Ibid.*, p. 51.

³⁶ A. Dumas, *Le comte de Monte-Cristo*, p. 349. “[...] Es una acción muy vulgar [...] Según parece este pillastre había rondado el serrallo del bey de Túnez más cerca de lo que convenía a un moro de su color, porque el bey le sentenció a cortarle la lengua, la mano y la cabeza. La lengua el primer día, la mano el segundo y la cabeza el tercero. Yo había deseado siempre tener un mudo a mi servicio, por lo que esperé a que

En Montecristo, el poder radica en su voluntad férrea de llegar al objetivo deseado sin importar los medios, en su gran conocimiento de las ciencias y el corazón humano, aunados a la posesión de una gran cantidad de dinero, de manera que se convierten en instrumentos infalibles para dominar al otro. Y no se detiene en las consideraciones éticas que guían al resto de la sociedad: él crea principios morales propios, y sólo a ellos obedece.

En cambio, la voluntad férrea, el valor, la inteligencia y los conocimientos de Eduardo no están al servicio del sometimiento, sino que le permiten sobrevivir en las dos selvas: la humana y la natural. Él es un Monte-Cristo sin venganza y se rige por principios morales comúnmente aceptados como válidos para toda la sociedad: sabe perdonar, rechaza a los criminales y ayuda a la comunidad. El dinero le da poder y le proporcionará bienestar, cierto, pero al mismo tiempo es lo que constantemente lo pone en riesgo porque lo sitúa en la mira de la avaricia del otro. Es un arma de dos filos. De manera que observamos en la novela de Cuéllar una percepción deslumbrada, pero también muy desconfiada, a la modernidad capitalista.

En *El conde de Montecristo* el dinero es el poder, aquello que permite alcanzar todos los objetivos y protege ante cualquier acechanza, porque después de salir de If y apoderarse del tesoro de la isla, Edmond nunca vuelve a estar en riesgo y logra sin dificultad todo lo que se propone. En cambio, para Eduardo, el medio de supervivencia es la moral intachable, pues le proporciona las herramientas para sospechar de los condes, y también incita la admiración de aquellos que son moralmente inferiores. Su rígida ética resulta irresistible hasta para los criminales como Garcí (un bandido cruel y, con todo, bastante simpático, burlón y despreocupado). Este bandido desea que Eduardo —a quien llama burlonamente “señor hombre honrado”—³⁷ se incorpore a su banda, y varias veces lo ayuda a pesar del franco desprecio que le manifiesta el francés:

—¡Salud, joven! —dijo Garcí—, si quieres estar con nosotros, se te harán los honores del lugar, ¡voto a Dios! Tú has nacido con buena estrella, para merecer mi protección, ¡la protección de milord Rescate!

—¿Qué es lo que decís? —preguntó Eduardo.

—Digo milord Rescate; ¡ah!, tú no estás al corriente, vamos, no le hace, se os instruirá y se os protegerá, joven.

—¡Imbécil! —dijo un hombre que apenas podía tenerse en pie, cogiendo con violencia la brida del caballo de Eduardo— Rescate, quiere decir, rescatar. ¡Qué animal es este niño!, espera un poco y verás cómo te enseñamos a vivir.

Esto diciendo levantó la mano para descargar un puñetazo contra Eduardo; éste se inclinó, y tomando al bandido por el cuello de la camisa lo levantó como si fuera un

le hubiesen cortado la lengua para ir a proponerle al bey que me lo diese a cambio de una magnífica escopeta de dos cañones que me había parecido la víspera agrandar a su alteza bastante”. A. Dumas, *El conde de Monte Cristo*, p. 372.

³⁷J. T. de Cuéllar, *El comerciante en perlas*, p. 196.

niño y lo arrojó a unos pasos de distancia. Garcí y su gente que estaban de buen humor, exclamaron:

—¡Bravo! ¡Muy bien hecho!

El bandido se levantó furioso, desenvainó su cuchillo y se dirigió contra Eduardo.

—Alto allá —dijo Garcí—, te prohíbo avanzar; ¿no has oído que yo protejo a este boquirrubio, que te hubiera estrangulado si hubiera querido?³⁸

El francés, además, no es rencoroso ni se deja llevar por la pasión, y cuando los ánimos se caldean y Garcí decide ejecutar al bandido que cuestiona su voluntad e insiste en matar a Eduardo, éste pide clemencia:

—¿Pero no veis que este hombre está borracho? —dijo Eduardo que no podía resistir aquella escena horrible— Soltadlo, no cometáis una infamia. [...]

—Vamos perdonadlo —dijo Eduardo—, dejadlo tranquilo.³⁹

Montecristo, en cambio, no tiene clemencia para quien le hizo daño. Se rige bajo sus propias reglas que, por más cuestionables que parezcan, son las que causan fascinación entre quienes lo rodean. Él quiere ser la Providencia, ejercer su poder, y para ello está dispuesto a pactar con el diablo:

—Moi aussi, comme cela est arrivé à tout homme une fois dan sa vie, j'ai été enlevé par Satan sur la plus haute montagne de la terre; arrivé là, il me montra le monde tout entier, et, comme il avait dit autrefois au Christ, il me dit à moi: "Voyons, enfant des hommes, pour m'adorer que veux-tu?" Alors j'ai réfléchi longtemps, car depuis longtemps une terrible ambition dévorait effectivement mon cœur; puis je lui repondis: "Écoute, j'ai toujours entendu parler de la Providence, et cependant je ne l'ai jamais vue [...] je veux être la Providence, car ce que je sais de plus beau, de plus grand et de plus sublime au monde, c'est de récompenser et de punir".⁴⁰

Y he aquí una de las grandes diferencias entre Dantes y Mercier, pues si Montecristo es capaz de emplear venenos, aliarse con criminales, e incluso salvar la vida de uno sobornando a la autoridad⁴¹ —no olvidemos, además, que uno de sus proyectos de venganza se dirige contra el procurador del rey, Villefort—; Eduardo no hará nada por encima de la ley: colabora con el canciller de Panamá cuando se está investigando el

³⁸ *Ibid.*, p. 166.

³⁹ *Ibid.*, p. 167.

⁴⁰ A. Dumas, *Le comte de Monte-Cristo*, p. 618. "También yo, como le ocurre a todo hombre en la vida fui conducido por Satanás una vez a la montaña más alta de la Tierra. Llegado allí, me mostró el mundo entero, y como había dicho otra vez a Cristo, me dijo a mí: 'Veamos, hijo de los hombres, ¿qué quieres para adorarme?' Entonces reflexioné, porque desde hacía mucho tiempo, terrible ambición devoraba mi corazón, después le respondí: 'Escucha, siempre he oído hablar de la Providencia, y, sin embargo, nunca la he visto [...] Quiero ser la Providencia, porque lo más bello y grande que puede hacer un hombre es recompensar y castigar'". A. Dumas, *El conde de Monte Cristo*, pp. 654-655.

⁴¹ A. Dumas, *Le comte de Monte-Cristo*, pp. 458-483.

caso de los condes y, aunque él organiza a la gente para enfrentar a Garcí en San Francisco, solicita el apoyo del coronel del regimiento norteamericano en su empresa, le da el crédito de la victoria y, apelando a su vanidad ante la indecisión, lo intima a que, a falta de tribunal, erija al pueblo en juez de los criminales, de manera que no es Eduardo sino el pueblo y la autoridad quienes ejercen la justicia:

—Este militar os le trae, atado con la faja que llevaba y que el gobierno querrá conservar como un glorioso trofeo, mandando al que la llevaba en el momento del peligro, otra de general.

—¡Viva el coronel! —gritaron por todas partes.

—El coronel —continuó Eduardo—, apela a todos vosotros [...] que habéis temblado al nombre de Garcí [...] ante esa banda de malhechores que os trae aquí, cargada con los despojos de los mineros. [...]

—El coronel apela al pueblo honrado y lo erige en tribunal.⁴²

Mercier no tiene un motivo de venganza contra Garcí, ambos se han salvado mutuamente en diversas ocasiones, a veces sin quererlo. Lo mueve sólo el deseo del bienestar social. Su divisa, muy positivista, es “Orden y California”.⁴³ Y es justamente la filiación positivista la raíz de que Eduardo no cambie con el conocimiento que adquiere, por ejemplo en su recorrido hacia las minas, porque es la ciencia práctica; mientras que el aprendizaje de Edmundo Dantes, en el castillo de If, es de carácter vital: una filosofía y una interiorización que transforma su manera de ver y relacionarse con el mundo.

Eduardo se desempeña con principios morales fijos e inalterables: no es el tipo de hombre que invita hachís a sus huéspedes,⁴⁴ sino el más sobrio de todos, el que “había constantemente evitado todos los excesos y las distracciones que repugnaban a su naturaleza”.⁴⁵ Como comerciante simplemente se adapta al mundo que le toca vivir, al sistema capitalista; ni el mal ni los nuevos conocimientos transforman su esencia.

Y he aquí la paradoja de los pensadores del siglo XIX, que consiste en negar que el acceso a la modernidad y el progreso —representado por Estados Unidos— requiera un cambio de mentalidad, en creer que es posible adoptar el modelo norteamericano en el camino del progreso sin que sea necesario un cambio en la forma de concebirse a sí mismos —hijos de la tradición católica europea. En palabras de O’Gorman: “hacerse de la prosperidad de Estados Unidos pero sin renunciar al modo de ser tradicional por estimarse éste como de la esencia de la nueva nación. [...] quieren, pues, los beneficios de la modernidad, pero no la modernidad misma”.⁴⁶

Y si bien en *El comerciante en perlas* ya no se reconoce a Estados Unidos como modelo, Francia sí lo es, y *El conde de Montecristo* refleja un cambio de mentalidad

⁴²J. T. de Cuéllar, *El comerciante en perlas*, pp. 241-242.

⁴³*Ibid.*, p. 172.

⁴⁴A. Dumas, *Le comte de Monte-Cristo*, pp. 352-354.

⁴⁵J. T. de Cuéllar, *El comerciante en perlas*, p. 50.

⁴⁶Edmundo O’Gorman, *México. El trauma de su historia. Ducit amor patriae*, p. 40.

en la sociedad francesa: ahí está el individualismo romántico y el *self made man* que sustentó a la burguesía, el relativismo y la ética individual que ponen en tela de juicio los valores universales, temas-valores estrechamente vinculados con Eduardo Mercier y a partir de los cuales se refuncionaliza la figura de Monte-Cristo.

De acuerdo con Marshall Berman, “Ser modernos es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos”.⁴⁷ Así es el conde de Montecristo, pero no Eduardo Mercier, el héroe bueno y desapasionado que no se transforma y se ampara en la legalidad.

En *El comerciante en perlas*, los principios morales como valor universal se convierten en un recurso constante para no admitir los costes humanos ni la destrucción que conlleva el ser moderno, para refuncionalizar los tópicos que introduce el Romanticismo y adaptarlos a una visión esencialista, profundamente católica, del mundo.

Obras consultadas

- BERMAN, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Trad. de Andrea Morales Vidal. 13a. ed. en esp. México, Siglo XXI, 2001.
- BIGLIA, Marie, *La figure du heros dans Le comte de Monte-Cristo*. Toulouse, Université Toulouse Le Mirail, 1998-1999. (Mémoire présenté pour l’obtention de la maîtrise de lettres modernes), en http://www.cadytech.com/dumas/related/la_figure_du_heros_dans_le_comte_de_monte_cristo.php (28/03/10).
- CLARK DE LARA, Belem, “*El comerciante en perlas* (1871), de José Tomás de Cuéllar. ¿Una novela histórica?”, en *Literatura Mexicana*, 11.1, 2000, pp. 79-112.
- CUÉLLAR, José Tomás de, *El comerciante en perlas*. Recuperación y estudio preliminar de Luis Mario Schneider. México, UNAM, [1871] 1997.
- CUÉLLAR, José Tomás de, *Obras I. Narrativa I. El pecado del siglo. Novela histórica [Época de Revillagigedo-1789]*. Ed. crítica, estudio preliminar, notas e índices de Belem Clark de Lara. México, UNAM, [1869] 2007.
- DUMAS, Alexandre, *El conde de Montecristo*. Trad. de E. V. Barcelona, De Bolsillo, [1844-1845] 2003. 2 tt.
- DUMAS, Alexandre, *Le comte de Monte-Cristo*. Prefacio de Jean-Yves Tadié. Ed. anotada de Gilbert Sigaux. [París], Gallimard, 2005. 2 tt.
- FERNÁNDEZ PRIETO, Celia, *Historia y novela: poética de la novela histórica*. Navarra, Universidad de Navarra, 2003.
- ILLADES, Carlos, *Nación, sociedad y utopía en el Romanticismo mexicano*. México, Conaculta, 2005.

⁴⁷ Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, p. 1.

- JITRIK, Noé, *Historia e imaginación literaria. Las posibilidades de un género*. Buenos Aires, Biblos, 1995.
- O’GORMAN, Edmundo, *México. El trauma de su historia. Ducit amor patriae*. México, Conaculta, 1999.
- PIMENTEL, Luz Aurora, “Tematología y transtextualidad”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 1, 1993, pp. 215-229.
- PONS, María Cristina, *Memorias del olvido. Del Paso, García Márquez, Saer y la novela histórica de fines del siglo XX*. México, Siglo XXI, 1996.
- RUEDAS DE LA SERNA, Jorge, *Los orígenes de la visión paradisíaca de la naturaleza mexicana (tópicos del Romanticismo mexicano)*. México, [Ed. del autor], 1986. (Tesis de maestría, UNAM.)
- SANTIAGO GUERRERO, L. Bibiana, “La fiebre del oro en San Francisco, California, y la emigración de rancheros del partido norte”, en *La gente al pie del Chuchumá. Memoria histórica de Tecate*. Baja California, Universidad Autónoma de Baja California / Fundación La Puerta, 2005.